

VÍCTOR F.  
FREIXANES

Caballo de Oros



Ediciones Siruela

Víctor F. Freixanes

## **Caballo de Oros**

Traducción del gallego de  
Xosé Antonio López Silva  
y Víctor F. Freixanes

**Siruela** Nuevos Tiempos

Caballo de Oros

## Índice

Quintín de Borela. Tiempo de afinación y fuga

Caballo de Oros. Cantar de ciego para supervivientes, banda sinfónica y pólvora

Primera parte. Donde se da noticia de los personajes y de algunas circunstancias

1

2

3

4

5

6. Donde se cuenta la historia del lugar del Pasamundos, también llamado Pozo de la Señora

7

Segunda Parte. La partida de cartas

8

9

Historia del moro de Mourente, también llamado el Sarraceno, que aguarda el regreso de su enamorada, con el corazón temblando dentro de su caja de piedra

10

11

12. Donde se cuenta la historia de Benito Silva y el encuentro que con él tuvo el cura de Boullón, don Ramiro, en el soto de Ramirás, en Cortegada de Miño

13

14

Tercera parte. Ángeles custodios

15. Donde se cuenta la historia de Cuco Fariña y de sor Magdalena de los Siete Clavos, y donde se da noticia de la Carta del Fin del Mundo, que permanece oculta desde el principio de los tiempos en el convento de doña Teresa Pérez de Soutomaior

16

17

18

19. Donde se cuenta la historia de Matías de Amaral, el viejo de Gaiosa, que también es una explicación del mundo, razón primera de las cosas

20

21

Caracas. Epílogo en tres jornadas y una carta

*Primera jornada*

*Segunda jornada*

*Tercera jornada. Cuatro años después*

Carta o memoria que la difunta Amalia de Villegas, antaño Amalia de Serrano, escribe al narrador, para que conste

Créditos

Para Fina y Mariano, hermanos.  
Para el señor Benigno, *in memoriam*.  
Para los que se quedaron al otro lado del silencio.

*O negocio é amor  
O resto é conversa fiada  
Amanhã a gente morre  
Da terra não leva nada.*

Joãoquino da Pecadora

*Tantum interest, non qualia, sed qualis quisque patiat. Nam  
pari motu exagitatum et exhalat horribiliter caenum  
et suaviter fragrat unguentum.*

Agustín de Hipona, *De civitate Dei*

Para hablar del infierno, mi querido amigo, hay que contentarse con símbolos, porque en el infierno termina todo, no sólo la palabra definidora, sino todo, absolutamente todo.

Thomas Mann, *Doktor Faustus*

Quintín de Borela.

### **Tiempo de afinación y fuga**

Esto es un cantar de ciego. Le he dado muchas vueltas a cómo afrontar el relato y ordenar los hechos, no exactamente lineales sino bastante complejos; la voz del narrador, por ejemplo, que ha de ser capaz de dar cuenta del recado y encontrar el punto justo del compás, el aliento y sus derivadas, para que la historia consiga la atmósfera necesaria, eso que llamamos credibilidad, que está hecha de palabras, pero también de silencios, alusiones, acordes afinados, ocultamientos. Le he dado vueltas y no consigo encontrar género que mejor encaje. Cantar de ciego. Seguro que le habría gustado al de las Viñas entrarle por lo derecho, armar su tinglado en la plaza, afinando el violín, dejando que el lazarillo anotara con el puntero el discurso de las estampas. O al viejo Quintín... Supongo que debo empezar por éste. En cierta manera le debo la presente historia. Sólo en cierta manera, pues la historia andaba suelta, como garañón de montaña, y no había más que saber echarle el lazo. Quintín de Borela estaba allí para hacerlo, o para ponerla ante nosotros, no lo sé. Las primeras artes son suyas. Cuando lo conocí, en tierras de Carballedo, venía ya de retirada. Vivía de alquilar su oficio en los entierros, ensalzando méritos de difuntos, él, que en otro tiempo había cantado las más grandes hazañas, mundos que se han perdido para siempre (y que a nadie le interesa ahora recordar). Al Ciego de las Viñas lo dejé hace años extraviado en las playas, perdido en el Mar de los Espejos, detrás de la memoria de aquel heroico don Bartolomé Mariño, el más grande de los vilanoveses. Lo recuperé después, en un relato de saudades diferentes: maestro de escuela y muchacha enamorada, que acaso en parte tenga algo que ver con lo que en la presente se cuenta. Por aquel entonces andaba cantando la historia del príncipe Roldán, paladín de Francia, que ganó la gloria, aunque dejó la vida, en la plaza de Zaragoza en los días terribles de la morería. Hubo un tiempo en que el mundo creía en estos relatos, historias ejemplarizantes, bastante antes de que don Aníbal Salazar, el Maragato, plantase el primer televisor en el escaparate de los Castellanos para admiración de autóctonos y visitantes. Quintín de Borela, que no era ciego, pero que durante un tiempo vivió también de cantar historias por las ferias, era de Borela, como cabe deducir, aldea de las tierras de Cotobade, en el



antiguo reino de Galicia, donde corre el río Alfofrei al pie de la Peña Moa. Siendo yo un chavalote, le anunciaron a mi madre que había muerto un vecino en aquella parte del mundo, y allá nos fuimos con ella mi hermano y yo, en una noche de tronada, atravesando el barrizal, con el agua desatada a nuestro alrededor, mientras alumbrábamos con una linterna el camino de macadán hasta la casa del finado, que parece que tenía algo que ver con la familia, de los días del abuelo Mariano, cuando puso escuela por aquellas lejanías. En la casa había dos cuartos: la cocina, con una gran mesa corrida alrededor de la bilbaína, donde se sentaban los viejos patrones; y una segunda habitación a la que se accedía por una puerta que daba también al pasillo, donde tenían al difunto, acostado en el ataúd, con la gorra entre las manos y la barbilla erguida, como dicen que se retrataba a los generales en las monedas y en los cuadros antiguos. Fue lo que más llamó mi atención: la barbilla recia, dura de afeitar, y la sotana. Recuerdo que mi madre hizo algún comentario en voz baja a las mujeres respecto a la sotana, comentario que entonces no supe interpretar. Pero la imagen se me quedó grabada, y todavía hoy, si cierro los ojos, la veo, a pesar de los años que han pasado desde entonces: el muerto estirado en la caja, tieso como el palo de una escoba, enjuto de cara, cuatro velones alrededor del féretro y la boina cogida entre las manos, unas manos fuertes pero también finas, de dedos largos y bien torneados. Los hombres entraban a echar un vistazo, se paraban ante el ataúd, y de allí a poco, una vez cumplido el trámite, se instalaban en la cocina, en torno a la bilbaína. Las mujeres no. Las mujeres se quedaban a rezar el rosario, mi madre entre ellas. Llovía a cántaros. El agua azotaba los árboles. No paraba de llegar gente. Preguntó una voz: «¿No viene el señor Quintín?». Nosotros no habíamos oído nunca de tal autoridad, pero parecía importante su presencia por lo mucho que la requerían. Las sobrinas del difunto –en el suponer de que fuesen sobrinas, que no lo sé, estos detalles tampoco importan demasiado, algunas caridades próximas a la familia en cualquier caso– servían tazas de caldo y copas de aguardiente. Reparé de entre todas ellas en una más singular. Andaría por el medio siglo. Me pareció distinta. Cuerpo espigado, aunque sin arrogancia, un poco retirada del grupo. A la hermosura de antaño, que conservaba, se le sumaba la belleza serena de las primeras otoñadas. Siempre me han gustado las señoras mayores, más que las princesitas. Tal vez por eso la recuerdo tan bien. No parecía del lugar. Incluso me atrevería a decir que venía de lejos, y que estaba de paso. Aunque había en ella algo diferente, que lo había, las otras no la evitaban, más bien la trataban como de la casa o, cuando menos, con la misma confianza. Luego supe que le decían la Americana. Así, la Americana. Se lo oí decir a mi madre cuando hablaba con mis tías. La Americana. Se fueron animando las conversaciones con el licor café, al arrimo de la cocina, y ya metidos en noche cerrada anunciaron al fin la visita del de Borela, bien trajeado, con las trazas de la gente de la montaña, chaqueta de pana forrada de las que por entonces gastaban todavía los tratantes, camisa blanca abotonada hasta el cuello, sin corbata. Le calculé unos ochenta años, aunque tal vez pudieran ser más. Se conservaba bien, firme como un poste, pero se le notaba la edad. Se sacudió la lluvia, y se quitó la gorra de la cabeza para saludar. Entró a visitar al finado y permaneció durante un buen rato con él en el cuarto, retirado de las mujeres, mirándolo fijamente, como si lo escrutase. Fue un buen rato, lo recuerdo bien. La gente se apartó para dejarlos estar: el muerto en la caja y el visitante. Finalizada la cortesía, el viejo Quintín se acomodó en la cocina, junto al fuego, igual que el resto de

los hombres, y enseguida le sirvieron sin que tuviese que pedirlo. Entonces empezó a contar historias. Eran relatos de fiesta, de fantasía, también de amores, de los tiempos de la guerra, cuando la de Teruel, aquella retirada de los ejércitos del Caudillo desde Valencia a Coruña, después de la Victoria, acompañando la artillería pesada en un tren que cruzó media España de punta a punta, y aquel otro suceso terrible del lobo que se le había aparecido en medio de un tojal cuando regresaba de los Milagros de Amil... Pronto nos dimos cuenta de que en todos los casos, de una forma o de otra, el protagonista de los relatos era el finado, de cuerpo presente en el cuarto vecino. Cuanto más aguardiente corría, más grande era la alabanza al difunto, ejemplo de todas las virtudes, capitán de todas las cruzadas, príncipe de todas las romerías. Quintín de Borela era un profesional. Lo supe después. Su oficio, que en otro tiempo había sido el de rimar historias, se centraba por aquel entonces, ya en horas de decadencia, en consolar velatorios. Las historias eran las mismas, estuviese en casa de quien estuviese. Lo único que cambiaba era el nombre de la persona principal. Todos sabían que era así, pero lo consentían, homenaje póstumo, definitiva despedida por los días que fueron y por los que ya nunca más volverían a ser. Fue allí donde escuché por primera vez la historia de las tres noches del Pasamundos. Tal vez no con tantos detalles ni con tanta información como la que en la presente se anota; ninguno de los que allí estaban tenía las fuentes tan vivas, salvo la memoria, que es selectiva y traidora, mucho más si es memoria del común, que anda de boca en boca, cuando no de generación en generación, levantada de uñas como fiera de monte, pero el relato que el lector tendrá ocasión de seguir en las siguientes páginas, si tiene voluntad de continuarlas, lo escuché entero por primera vez allí, en el velatorio de la Camposa – que tal era el nombre del lugar–, aunque tendrían que pasar algunos años hasta que me decidiese a ponerlo por escrito. Digo entero y tal vez no acierte a explicarlo bien. El relato, aunque a jirones y algo deshilacha–do, venía de antes. La historia de la partida de cartas en la posada de la montaña, con sus nombres y sus protagonistas, con sus furias y su cataclismo, bullía en la música popular, andaba en el cantar de las gentes, quiero decir. Pero como en los romances viejos, lo que entonces podíamos entrever, la noticia de los hechos narrados, era más bien una masa inconexa, transmitida a retazos, no siempre fácil de manejar. Transcurrió algún tiempo hasta que conseguí ir encajando las piezas. Pero la primera vez que sentí el relato real y verdadero, alzado como un gigante, no como una invención o una fantasía, fue en el velatorio de la Camposa, en boca del viejo Quintín, el contador de historias. No era embuste ni desvarío. El de Borela sabía de lo que hablaba, y los que escuchaban, también. Los acontecimientos que aquí se narran ocurrieron de cierto: comprobados y documentados. Nada de lo que a continuación se cuenta es invención, excepto los adornos del caso y unos pocos nombres cambiados. En los días de mi infancia, se ponían los ciegos a cantar historias en la plaza de Varela o a la entrada del Campo de la Feria, el día primero y el día 15 de cada mes, acompañados de un chiquillo o de una muchacha, que vendían los cantares en papel de color, octosílabos romanceados según la tradición, a real el folleto, moneda corriente en aquellos tiempos. Siendo yo estudiante en Compostela, hacia el final de la década de los sesenta del pasado siglo, todavía se podían ver algunos en la puerta de la Ferradura, al pie de Santa Susana. Historias terribles. Crímenes y casos semejantes en boca de los juglares, que nos impresionaban mucho. Quintín de Borela era uno de ellos, por más que aquella noche su oficio lo ejerciese en territorio privado,

para honra o memoria del difunto. Allí escuché también, entre los relatos varios que se fueron trenzando, enredados unos con otros como ramos de cerezas, la historia de Matías de Amaral y de las tres Marías, el relato de Benitiño Silva, los días gloriosos del mineral, la fantasía del wolfram, que tanto capital hizo correr por estas tierras, levantando fuegos aquí y allá hasta incendiarlo todo... La Carta del Fin del Mundo no. La Carta del Fin del Mundo es una historia de la tía Encarnación, pero me pareció que venía al caso, pues agitó mucho a los vilanoveses de aquellos días, principalmente los de la memoria del mar, como todo lo que tenía relación con Fuco Fariña. Tampoco la leyenda del moro de Mourente, aunque es de las mismas tierras. Unas y otras están unidas entre sí, al igual que los vasos comunicantes de los que nos hablaba don Luis en la escuela primaria. De la Banda del Río ya por entonces no quedaba nada. Donde estaban las humildes casuchas del barrio de la Seca, levantaron las nuevas casas de la Sindical. No del sindicato, de la Sindical, que era el modelo de los nuevos amos. Mucho dinero metió el Serrano en ese negocio, sobre todo en los solares, al parecer de la mano del que llamaban don Floro, patricio benefactor. Las casuchas de la Junquera fueron quedando en ruinas cuando echaron a la gente, pero los vilanoveses se acordaban de ellas. ¿Cómo no iban a acordarse? Igual que de los barrancos de la Gaiosa, con su riqueza saliendo de las entrañas de la tierra. Mi padre hablaba de aquellos pozos como de un profundo misterio, y alguna vez, cuando éramos unos chiquillos, llegamos a acercarnos a ellos, mirándolos desde lejos, un sábado de excursión, pero ya todo eran zarzales. Del viejo de Amaral algo pude saber más tarde, como se ha de ver. Mi padre y el tío Moncho se dedicaban entonces a la construcción, arrojándose a lo que podían. El lector debe tener claro el mundo en el que nos instalamos. El relato es una música. También un río, y un viento, con la lluvia golpeando en los cristales, el trueno rugiendo en las vigas del corral y en los pajares. El relato es la memoria de lo que somos, agonía que se desliza como el Gato Miserias entre las botellas, por entre el limo y la cacharrería, para acabar fluyendo entre los restos del naufragio. Hace tiempo que el Gato Miserias no caza ratones. En realidad no llegó a cazarlos nunca, jamás fue murador. El Gato Miserias, igual que la memoria, se alimenta de agonías, y, si acaso, de las raspas que la señora Antonia arrojaba al otro lado del vertedero, purín de la misericordia. ¿De qué parte está el narrador? O, si no de qué parte, que quizá no haya que pedirle tanto, ¿qué postura debe adoptar respecto a la veracidad de los acontecimientos que en la presente se tratan? Son hechos probados, como he dicho. Probados y confirmados. De esto puedo dar fe. Probados en los estantes y en las crónicas, en los cartapacios y en los atestados, en el testimonio de los que tal vivieron –todavía quedan algunos para contarlos– y en los archivos públicos y privados, incluidos los de la Gobernación de la provincia. Años después, metido ya en otras faenas, volví a tener ocasión de recuperar la historia. En parte por un casual, en el caso de que las casualidades existan. También puedo preguntarme por qué de entre los recuerdos de mi primera juventud dejó una huella tan fuerte la figura del señor Quintín sentado junto a la bilbaína aquella noche de lluvia, mi hermano y yo sosteniendo la linterna para no meter el pie en los charcos, la historia del Pasamundos, los días desordenados del wolfram, la presencia misteriosa de la Americana... Eran cosas de las que nunca se hablaba en casa. Cuando las supimos, las supimos por fuera, porque flotaban en el aire, no porque nadie hablase de ellas. «Hubo un tiempo en que el mundo era un infierno», le oí decir un día a la tía Encarnación, casi murmurando para

sí, cuando ya los sobrinos empezábamos a volar fuera del nido, «y nosotros nos acostumbramos a vivir en el infierno, braceando entre las llamas». El tío Antonio, a quien yo no llegué a conocer, murió en Venezuela. Algunos lograron escapar, los que tuvieron más suerte, o más arrestos para hacerlo. El principal mérito que se contaba del tío Antonio era su condición de autoridad señalada del Sindicato de Músicos. Por aquel entonces, en Vilanova de Alba, antigua capital de las rías, había dos frentes sindicales, organizaciones de base, podríamos decir: los marineros y los músicos, y no se me pregunte por qué éstos y no otros habiendo tanta diversidad de oficios. Era la tradición. Otros sindicatos, que también los había, venían de fuera, de Vigo y de Pontevedra principalmente. Los sindicatos vilanoveses eran estos dos. De la gente de mar algo sabemos, por más que entonces anduviese ya bastante decaída, con la memoria extraviada en los viejos escudos de la Casa de Santa Cruz, prácticamente en la ruina, los antiguos galeones pudriéndose en las junqueras. Fuco Fariña, que procedía de la Banda del Río, era su capitán, cuando menos el más conocido. Le apodaban el Anticristo. El Sindicato de Músicos, que se reunía en la Casa de los Catalanes, vinculado a las corrientes laicas del libre pensamiento, pastoreaba su oficio por toda la costa, incluidas algunas poblaciones de Portugal, hasta Caminha y Viana do Castelo, y en eso andaba metido el tío Antonio. El tío Antonio y el tío Saturno. Cuando en julio del 36 se levantó la que se levantó, vinieron a por todos. Tío Saturno, que militaba en el Socorro Rojo, pasó un montón de tiempo en la cárcel. Dicen que hacía trajes de paño fino sentado en un portal de la plaza de la Galera: trajes que le pedían de encargo los de Olmedo o los del Corte de París. Se había casado con una muchacha de las junqueras, tía Amadora. Pero después dijeron que allí tenía escondida la propaganda, que se la pasaban desde los barcos de Vigo, y se acabaron los encargos de la sastrería. Igual que se acabó lo de abuela Elvira cuando le cerraron la tienda: una tabernuca de cuatro pasos en la que vendía pan, molletes, bollos y otras menudencias, delante del convento de Santa Clara, y en la que la señora Antonia, por cierto, la de la Gaiosa, paraba el carrito de las calderetas cuando venía a repartir la leche por las casas de la villa. Le cerraron la tienda los falangistas, los amigos de don Floro, después de arrancarle el hijo de las entrañas, tío Joaquín, la noche terrible del 29 de agosto del 36. Cuando se llevaron preso al tío Saturno, al parecer le pusieron delante la fotografía del hermano, que estaba también en el sindicato y era el mayor de todos. Los más jóvenes eran mi padre y tío Moncho. Le pusieron el retrato delante de los ojos, ya bien tundido que estaba el nazareno, y le dijeron: «No hay sitio en este mundo para la estirpe de Caín. Deberíais saberlo tú y los de vuestra ralea. Estamos aquí para purgar la tierra de la mala peste y no vamos a parar hasta haberla arrancado de raíz». Así dijeron. Mi padre y tío Moncho doblaron la cerviz. Si no llega a ser por ellos, no estaríamos nosotros en este mundo. Tío Saturno quedó cojo. Arrastraba una pierna por las calles, que fue la marca que le dejaron después de salir de presidio. Eran historias terribles. Pero en casa nunca se hablaba de ellas, ya digo, mucho menos delante de los niños. En cierta manera, el silencio nos protegía como una losa, como una muralla, para impedir que supiésemos qué había detrás, los días feroces que les había tocado vivir a ellos, los mayores, y que no querían que nosotros llegásemos a conocer. Recuerdo a mi padre sentado a la mesa del comedor, con mi tío Moncho, haciendo las cuentas que malamente nos permitirían llegar a fin de mes, porque cuando había, había, y cuando no había, no había. El abuelo Mariano bajaba los viernes desde la Camposa en

bicicleta. Poco a poco, Vilanova de Alba, nuestra pequeña patria, fue apagándose como una vela. Esta historia es de aquellos tiempos, últimos restos de la memoria recuperada parcialmente años después, cuando los niños nos hicimos mayores y empezamos a preguntar cosas para las que no siempre había respuestas. En parte porque ya tampoco ellos las tenían. Mejor no mirar atrás. Cuando quise ir junto a Quintín, el viejo contador de historias ya había muerto. Di con una hija suya, la única que tenía, que me miró como quien mira a un fantasma. «¿Sabe quién soy?», le pregunté. Se le encendió la mirada. «¡No voy a saberlo! Tú eres de la casa del Rouco.» Nos decían así, de la casa del Rouco, cuando el mundo era entonces de otra manera, y ella, la hija de Quintín, lo recordaba. Igual que recordaba cuando andaba con su padre de casa en casa los días de fiesta, cargando con el acordeón: el viejo delante y ella detrás, con el artefacto de las músicas a la espalda, una chiquilla. «¡Cómo no voy a acordarme!» Quintín llamaba a las puertas y anunciaba las noticias: «Buenos días tenga el señor Ramón en el día de su onomástica. ¡Buenos días para el señor Manuel y la señora Aurora que vienen de casar a su hija! ¡Buen día para la gente toda en el día grande del Patrón!». En una libretilla que traía siempre consigo llevaba cuenta detallada de cumpleaños y celebraciones, bodas y bautizos, reuniones y romerías. Los entierros no. Los entierros son otra cosa. Los entierros no se anuncian, no tienen fecha, se gobiernan por otras leyes, cuando no caen sobre uno como mazazos. Pero las fiestas sí. Las fiestas y los cantares, plantados los dos en medio del campo de la feria, ella y su padre. La gente les abría la puerta y dejaba que el viejo tocara, con todo aquel barullo a su alrededor, para dejar luego dos pesetas en el plato de la chiquilla. De eso se acordaba la hija de Quintín cuando fui a verla. Pero de poco más. Por la manera en que me miraba, me di cuenta de que ya estaba en otras historias. «Aquel mundo se acabó.» Volvió a sonreír y, al cabo de un rato, balanceó la cabeza y añadió: «No levantabas dos palmos y mira qué grande y qué mayor te has hecho». Me miraba y no me veía, castigada por el peso del acordeón. Pero esto ya fue después, bastante tiempo después, cuando me dio por seguir los pasos de aquella noche del velatorio: la memoria de don Ramiro, Siete al Caballo, como también le decían, capitán de los vilanoveses en el trance heroico del Pozo de la Señora; la historia de la niña Rosaura y de Pancho Cibrán, el muchachote de Amaral; el licenciado Lobeiras, pobre desgraciado; el Herrero de Lombados, aquel cabrón de la Leonesa, y los saraos de la Bella Romana, con las viejas pilas de salazón abarrotadas de champán, y las finuras de la Portuguesa, la casa llena de gente, espoleados todos por la hartura del mineral, la última locura... Pasan ante nosotros las máscaras con sus nombres, sus figuras y sus representaciones, como pasa una secreta procesión de fantasmas; apenas son sombras, pero viven en el cantar, que es la música de la memoria. Luego de aquello, todo se acabó. Las casas fueron cerrándose, y ahora, después de tanto tiempo, no queda nada. «Mejor dejarlo ir», insistía la de Quintín. De esto trata la presente historia, este cantar, con el viejo sentado a la mesa de la cocina de la Camposa, junto a la bilbaína. Sería cosa de escucharlos: a él o al ciego de las Viñas, dondequiera que ande extraviado, afinando su violín, con el lazarillo moviendo el puntero frente al tinglado de las estampas. En parte, esta historia es de ellos. Pero no están. Se fueron, igual que se fueron todos, como también nos iremos nosotros, arrastrados por el viento. Vilanova de Alba se desvaneció lentamente y nunca más hemos vuelto sobre los viejos pasos. En realidad dejó de existir a mediados del pasado siglo. Encaja con los

acontecimientos que aquí se narran. Mi padre levantó el campamento y nos marchamos todos a la capital. Es entonces cuando podemos decir que aquel mundo empieza a dejar de aparecer en los mapas, olvidado de Dios y olvidado de las humanas criaturas, hasta acabar perdiendo toda noticia. Ni la historia, ni la memoria, ni los papeles que quedan en los archivos consiguieron mantenerla viva. No consiguieron mantenerla viva porque a las ciudades, al igual que a las patrias, no las sostienen las crónicas ni la memoria ni los papeles, sino la voluntad de los hombres y las mujeres que las habitan, y los vilanoveses perdieron un día la voluntad de vivir, despacharon sus haberes, levantaron los muebles, aquellos que podían tener algún interés, y cerraron las puertas para siempre. Así fue el final, sin estrépito, sin titulares en los periódicos, sin un mal gesto, como esas casas que se cierran, extinguido el último aliento, tras cubrir con sábanas de sudario las viejas estancias. Los últimos vilanoveses, que por ahí andan y seguro que al lector o lectora inteligente no les será difícil reconocer, no se esconden ni tienen vergüenza de ser lo que fueron. Asumen su condición. Fue un abandono consciente, renuncia radical podríamos decir, sin melancolía, con la cabeza fría y la conciencia del camino andado, sin torcerle la cara al diagnóstico que les anunció el final y que en gran medida ellos mismos labraron. Disimule el lector los defectos y los silencios, acomódese en medio de la plaza y disponga el ánimo para lo que a continuación se narra. Nada es invención. Nada es producto de la fantasía.

Caballo de Oros.

**Cantar de ciego para supervivientes,  
banda sinfónica y pólvora**

En Vilanova de Alba, antiguo reino de Galicia,  
hoy sin reyes ni memoria de que tal hubiese,  
sucedieron los hechos que a continuación se relatan  
hacia finales de la década de los cuarenta  
y primeros años cincuenta del pasado siglo,  
días de grandísima calamidad



## Primera parte

### Donde se da noticia de los personajes y de algunas circunstancias

#### 1

Sepa el lector que la historia que narramos no fue catástrofe alguna, más bien al contrario: muchos la tuvieron por desquite, otros por ajuste de cuentas, reclamo de justicia universal, que a veces no olvida a los desamparados, y aunque sus protagonistas no son generales ni grandes de la patria, sino gente del común, la mayoría bastante derrotada, y aunque tampoco podíamos esperar entonces grandes milagros, pues todos los milagros posibles habían sido sobradamente gastados, un leve aliento de orgullo estremece estas páginas.

Eran siete, contando al de Boullón, que tendrá consideración aparte.

Siete son los nombres de Cristo. Siete los días de la Creación. Siete el calendario que gobierna la semana. Siete las maravillas del mundo. Siete las virtudes. Siete los pecados capitales. Siete la comunión absoluta: unión del ternario y del cuaternario, símbolo del espíritu (tres) y símbolo de la tierra (cuatro), camino de perfección. Siete son las direcciones del espacio y las puntas de la estrella. Siete son las medidas de la música y los colores esenciales. Siete las esferas. Siete el orden de los planetas. Siete las espadas que laceran el corazón. Siete fueron los sabios de Grecia, siete las ciudades, siete los desiertos que las circundan, siete los mares y los círculos sagrados, siete los principios de las criaturas... Todo está en los números, decía el filósofo. Y siete son las trompetas del Apocalipsis: número del Gran Perdón.

Pico Serrano, también llamado Francisco Serrano, Primitivo para otros, casado y sin hijos, comenzó con los vendedores de ganado en la montaña, donde amasó los primeros dineros, entró luego en el mineral y acabó en las contratas. Aunque en realidad hacía de todo: bobinas de cobre, grasas de Portugal, matutes de Zamora, partijas... Tenía trato con la gente de las sierras, así como con los pasos de la frontera, pero su querencia eran las rías. En el 46, en plena época del hambre, a punto estuvo de caer. Fue muy sonada. Lo pillaron con tres camiones en la raya, a la altura de



Guillarei, cargado hasta la bandera con sacas de café torrefacto. Parece mentira. No sé si por apurar el negocio, o porque confiase de más en el trato, o porque la avaricia rompe el saco, el caso es que una parte de la mercancía había pasado por la refinería y estaba lista para consumirse. El olor era un escándalo. Se dice que los parroquianos salían a las puertas de las tabernas para verlo pasar, y no pudo ni llegar a Porriño. Lo pillaron antes. Hubo que mover influencias. No fue fácil sacarlo del apuro. En Pontevedra se cerraban en banda, porque llovía sobre mojado. Hasta al gobernador civil llegaron los recados que pedían clemencia. Un atrevido. Su mujer se llamaba Amalia. Señora Amalia, le decían algunos, porque cuando hay dinero hay señorío, y los Serrano acabaron juntando dinero, ¡vaya si lo juntaron! Señorío no, que ambos venían de donde venían, pero el dinero corría, y con el dinero, las influencias, el trato de favor, la voz de mando, las reverencias... También las envidias y los embustes. Pero esto al Serrano se la soplaban. Marrullero, temerario, hierro castigador, entonces era uno de los grandes, de los que no se paraban, olía el negocio a kilómetros y le gustaba traer los billetes atados en fajos para que se notase, para presumir de que podía ponerlos a engordar como los gallos en la caponera. O como las putas. «El dinero es como las putas», proclamaba, «hay que ponerlo a trabajar para que rinda, nunca parado». Eso también le tiraba mucho, el puterío.

Ya bien entrada la década siguiente, bastante después de los hechos que aquí se cuentan, se metió en negocios de más empaque, en la construcción, que era lo que mandaba, primero en el sur de España y después incluso en las Américas, en Caracas, aunque esta parte está algo confusa. Por entonces había un montón de gente marchando para allá, a las Américas. Quizá no tanto a Uruguay o Argentina, que eso fue más bien antes del 45, pero sí a Brasil y a Venezuela. Venían los de las compañías, ponían anuncios en los periódicos de Vigo y la gente salía por oleadas. Era como si alguien hubiese abierto una espita para aliviar el aire y evitar que el mundo reventase. Por lo que se sabe, el Serrano tardó en recuperarse de la grave deuda que tuvo que asumir a la vuelta de los sucesos que tanto conmocionaron a los vilanoveses, él y su señora, pero siempre supo adónde arrimarse. Al final, don Floro le dio una nueva oportunidad. Don Floro era una garantía. Por aquel entonces ya habían roto él y el administrador de la Leonesa, Martín García, su antiguo socio y amigo. Muchos dijeron que Serrano, el Primitivo, había traicionado al de Lombados, al tal Martín García. Está por ver quién se la jugó a quién. Cuando la ambición anda por medio, los hombres se ciegan. Pero es curioso: tanto dinero, tanta sinvergüencería, tanta abundancia, y lo mal que le fue. Su mujer se marchó en un embarque del *Guadalupe*, la señora Amalia, así, sin avisar, de la noche a la mañana, aprovechando una de las últimas escalas que el transatlántico hizo en el puerto de Vigo. Pudo ser el *Guadalupe* o quizá el *Montserrat*, da igual: eran los que hacían la ruta de la Guaira con la Transatlántica Viguesa. Ella andaría por los cuarenta pasados. Una edad difícil. Ya no era una jovencita, pero tampoco una vieja. Tenía maneras. Era cosa de ver cómo administraba el despacho en los días de la abundancia, metida en pleitos y disputas, que bien que el Serrano se aprovechaba. A lo mejor de allí les vino el desencuentro. O por darle vueltas a lo que había ocurrido antes, diría yo, que nunca llegó a perdonárselo. Mala cosa es el despecho de la mujer cuando queda dentro la herida y no consigue curarse. Cuentan que había ido toda la familia a ver el mar, los cuñados y los sobrinos, porque ya dije que hijos no había; el mar mayor, el de las grandes travesías, que él presumía mucho

de ello, el Pico Serrano: asuntos en las Américas, socios que tenía allá, cartas, pagarés... El caso es que allí desapareció la señora Amalia, en el puerto de Vigo, como quien se va al fin del mundo, un suponer. Pasaron mucho tiempo esperando por ella en el café de las Avenidas. El propio Serrano fue a informar en comisaría. Le dijeron que presentase una denuncia. Pero qué denuncia presentar, a quién acusar, qué razones poner en la instrucción del atestado. Es muy posible que Pico supiese más de lo que decía. Eso comentó también la gente. Repare el lector en que no se nombra hombre alguno para la señora Amalia. Que no fuese su marido, quiero decir. Ni se le asignó entonces ni se le conoció después. Un misterio. Ya ven cómo empiezan las cosas. El caso es que volvieron sin ella. Cuando el asunto del Pasamundos, o del Pozo de la Señora, que también así se conoció el suceso, con la demorada resaca que vino a continuación, Serrano y la señora Amalia pasaban por casados y bien matrimoniados, aunque a él le gustasen los cohetes en campo ajeno, como a tantos. No son éstos asuntos que deban desviarnos del principal, ni tampoco es cosa de cruzar unas historias con otras, por más que el lector (o lectora) deba saber la naturaleza y la condición de los actantes. Tampoco aconseja la preceptiva enredar el relato, ya de por sí enmarañado, como luego se verá, propio de la memoria del común, que no es lineal, ni única, mucho menos transparente, sino que circula como el discurso de la vida, lleno de rodeos y atravesado por noticias varias. Pico Serrano acabó mal, ya digo. Se pegó un tiro a la desesperada en una pensión de Vigo, sin más datos ni referencias, sin un aviso, sin un papel... Pero cuando los sucesos que recoge el cantar estaba lleno de vida. Tal vez incluso demasiado.

A Agustín Salgado, Agostiño, le apodaban el Agonías no por el nombre, sino por el ahogo que se le ponía en los trances, no sentado frente al naípe, que eso pocas veces ocurría, sino acompañando las apuestas de los compañeros. Se le iba la vida. Había que sacarlo afuera para que pudiese respirar. Entonces lo auxiliaban el de Muras, don Manoliño, y don Evaristo, que eran los que tenían la ciencia, y un poco también el Serrano, para levantarlo cuando se descomponía. Funcionario municipal. Oficina de servicios. Pasaba por gente de bien, pero era un pobre mandado y, por tanto, poco de fiar. Según de quien viniese la orden, así podíamos esperar las consecuencias que, en cualquier caso, el Agonías ejecutaba con una mecánica implacable, aunque siempre con el miedo en el cuerpo, siempre temblando, pero eso sí, sin pestañear. Cuando las expropiaciones de la Banda del Río y de las tierras de la Gaiosa, que arramblaron de la noche a la mañana con todas las casuchas del Malecón por orden del gobernador de la provincia, para ampliar la fábrica de carburos y la explotación de las minas, aunque después no hubo ni ampliación ni nada, pasó el tiempo del mineral y allá quedaron las ruinas..., cuando reventaron las casas del río, digo, para allá se fue el funcionario Salgado con los papeles, llamando a las puertas, asustando a las criaturas incluso sin quererlo, pegando en las paredes el bando de la autoridad. Y la gente no se lo tomó a mal. Estoy por decir que ni siquiera los afectados se lo tomaron a mal. «Pobre Agonías», decían algunos, «qué tragos tiene que pasar». Iba Salgado con la Benemérita, llamaba a la puerta y entregaba la notificación oficial: treinta días para levantar el campamento, último aviso; si era el caso de hacer reclamación, los interesados debían presentarse en las dependencias municipales, no en el Gobierno Civil, que estaba en Pontevedra; en la Casa del Ayuntamiento, con cartas de propiedad y documentos probados. Pero ¿qué cartas de propiedad cabía esperar de aquella gente,

cantera del común, marineros de secano? ¿Qué documentos? Vinieron señores de Vigo, personajes de Madrid, y los más inquietos preguntaban: «¿Qué papeles pueden tener esas almas perdidas, que están ahí desde el principio de los tiempos, porque nadie quiere esa angostura, ese cenagal, ese páramo abandonado de Dios?». Preguntaban unos y respondían los otros: «Sin papeles no hay propiedad. Si no hay propiedad, hay ocupación. Y la ley es la ley para todos. Favor que les hacemos sacándolos de semejante insalubridad». Los que no firmaban, porque no sabían firmar, ponían una cruz, o un aspa, y los que no estaban, no estaban, así que el Agostiño volvía con la encomienda y dejaba de cada vez el papel clavado en la pared de la casucha para que todo el mundo tuviese conocimiento de la disposición. Parece que en una de éstas lo encontraron echado en el camino, a medio morir, con la angustia que le daba el caso: tener que aplicar la ley a aquella gente, brazo ejecutor, obligado por la fuerza de la autoridad. Pero no se echó atrás. «Tengo cuatro hijas», exclamaba. Tampoco los otros, que asistían a los acontecimientos escondidos tras las vidrieras del café Suizo, hicieron nada para evitar el trance, si es que verdaderamente querían evitarlo, que está por ver. En este punto, los vilanoveses estaban divididos: por un lado, los partidarios del progreso y la transformación de la villa, ¿adónde vamos con esta pereza, con este secular abandono?, ¿queréis vivir de las piedras, de la melancolía de lo que un día fuimos, lamiéndonos constantemente las mismas heridas?, ¿cuándo nos daremos cuenta de que el viento de la historia no se para, que o te pones de su lado o te lleva por delante? Pero también estaban los atravesados, los de la cáscara amarga, los de siempre, entre la impotencia y la rabia de que no se contase con ellos y viniese gente de fuera, principalmente de Vigo y Pontevedra, a disponer de lo ajeno y ordenar lo que de siempre teníamos así. Discusiones de café. Aún hoy, cuando reviven en los papeles las luchas del progreso y el precio que tal determinación exige, tradición o modernidad, cuestión retórica a la que los vilanoveses fueron siempre tan aficionados, hay quien tira del asunto de la ampliación de la Gaiosa y de las casuchas de la Banda del Río, y otra vez vuelven las viejas cuentas: que a quién aprovechó lo que aprovechó, que quién sacó beneficio después de haber espantado a toda aquella pobre gente, que adónde fueron las promesas y los anuncios que se habían hecho cuando ya no quedaba nadie que reclamase nada. El Agonías no era mala gente, ya se ha dicho. Un desgraciado y un pobre hombre sí, pero no mala gente, marcado como estaba por aquella desgracia anterior que lo había arrastrado por las calles de la villa cuando derribaron la República, humillado, escarnecido, los militares en la plaza, los papeles volando por las ventanas, sin que nadie viniese a ayudarlo, ni a él ni a otros. Nunca más desde entonces consiguió arrancar el miedo del cuerpo: miedo a hablar, miedo a pensar, miedo a decir y a mirar de frente, miedo a respirar, miedo a cruzar la calle, del Ayuntamiento a casa y de casa al Ayuntamiento. Es difícil explicar cómo pudieron liarlo, cómo lo convencieron para entrar en el grupo. Si acaso lo perdió la locura, aquella fiebre que les dio a todos, y no supo decir que no. Aunque también se habló de los bonos: cartas de compensación para los desahuciados, que nunca aparecieron y que estaban de su mano. Nadie queda libre de culpa, como se puede ver. Después de los sucesos, se metió en casa y fue marchitándose como una hoja seca, el desgraciado. Cuatro hijas, solteras >todas. «Feas como rayos», lo castigaba el Serrano cuando quería provocarlo, o para humillarlo. Y añadía: «O para santas, o para putas». Y allá se fue. Lo internaron en el Hospital de la Caridad una mañana de noviembre, muy

acabado ya, y en dos semanas, sin una queja, casi sin un suspiro, se apagó.

Don Evaristo era médico, igual que el de Muras, de quien hablaremos a continuación. Médico en Santiago. No es que la gente le tuviese mucha ley. Lo trataban de don por lo de Compostela. Por la villa venía más bien poco, siempre de paso y por propio interés, o para arreglar asuntos con el gobernador, cosas de elevado trato en los despachos de Pontevedra. Los médicos de Compostela no eran entonces como los de cualquier otro sitio, ni como los de ahora. Cómo lo explicaré: los médicos de Compostela eran de estudios, médicos de ciencia, como se decía. Iba uno a ellos a la desesperada, o cuando la cosa era muy seria y los de aquí no eran capaces de dar cuenta del recado: se ponía uno en camino, cogía el tren, o la línea de la costa, y se entregaba. Digo bien: te entregabas, sin condiciones, a lo que dijese los sabios – estamos hablando de mucha necesidad la de aquellos tiempos–. Un mal paso, un revés sobrenido, una mala caída, un aire atravesado, y allá se iba la salud, y con la salud la vida: la propia y la de los tuyos, las tierras, la hacienda, la casa y la familia, todo por el vertedero abajo, en un momento, antes de que te dices cuenta y pudieses hacer nada, excepto coger el camino de Compostela, bien cargado de dinero, eso sí, para ponerte en manos de la altísima ciencia, «fuente limpia», decían. Don Evaristo no era de tanto mérito. La gente lo tenía por rastrero, interesado y ruin. Pero tenía consulta en Santiago, y por entonces eso era un título. Todo lo contrario de don Manoliño, el de Muras, también llamado el Médico de los Pobres.

Don Manoliño era otra cosa. Sustento de los cristianos, y cuando se le demandaba, en caso de necesidad, de todas las criaturas de Dios Nuestro Señor con tal de que se las pusiesen delante. Un suponer: la vaca del señor Armando, que había tenido un mal parto; la peste que entraba sin avisar en las cuadras de Vegadáns, los cerdos que no conseguían salir adelante después de haber pagado tanto por ellos en la feria, las cartas que venían de América. Cuando lo de las casuchas de la Banda del Río, don Manoliño fue de los pocos que se enfrentó y habló de ir a ver al gobernador. Pero no lo secundaron. Se quedó solo. Pequeñajo como era, se alzaba como un titán cuando se ponía bravo, aunque también es cierto que poco le duraba. La armó en el café. Golpeó recio en la mesa. Plantó la partida a medio jugar, que no era poco, porque se le indignó el alma, decía, «¿cuánta vergüenza tendremos todavía que soportar?, ¿cuánta desproporción?, ¿cuánto capricho?», fueron sus palabras. La gente de la Banda del Río era suya, o cuando menos él así lo proclamaba. En el gobierno civil dieron parte: «¿Procedemos?», preguntó alguien. Pero la autoridad hizo un gesto, quizá porque lo conocían. «Dejadlo estar. Mañana se le pasa...» Y así fue. Se dice que esa noche quedó enganchado en una vuelta del camino. Era lo que tenía. Cinco hijos. Otra santa en casa. Para la parte de Vilaxoán vivía una viuda suntuosa, discreta y soñadora. Don Manoliño pasó la noche con ella y se desahogó. Según parece, al día siguiente no se acordaba de nada. Se sentó a la mesa en el café y pidió cartas. Tampoco nadie intentó provocarlo. Si acaso, de vez en cuando, entre mano y mano, siete de copas, cuatro de bastos, lanzaba un suspiro, mientras repasaba el mazo con los dedos. Sólo el Serrano, lenguaraz como era, dejó caer en el tercer pase un comentario: «Parece que anda la gripe algo desatada por la parte de la costa...». Sin levantar los ojos de las cartas, el de Muras recetó: «Ponche de vino quinado y mucha cama». Cuando la gente del común llamaba por don Manoliño, fuese por razón de salud o por cualquier otra circunstancia, el de Muras recorría la comarca toda y, a veces, tardaba dos o tres días en volver al